

Versaciones de un chupaplumas

Lo del pelo mojado

[1]



tuviese una explicación que, quise hacerme la ilusión, sí podría escribirla tal vez cuando en un segundo momento, o tercer momento, o momento indeterminado y sin numerar, las musas se mostrasen propicias y tuvieran a bien que se me pasase por la cabeza quién sabe qué pensamiento, perverso, por ejemplo — idea, otra vez *tal vez*, de mi madre, quizás, aunque como se enterase podría molestarla y sentarle fatal, pero que se aguante — perverso que me



empujase a atentar, con motivos probados o sin probar, contra la honorabilidad no ya de Sonia, sino de mi mismísima madre si la ocasión se presentaba y venía a la mano, pues ya se sabe que, como muy bien ella misma dijera una tarde en que hablábamos de mi difunto padre, “el escritor que quiera hacerse un nombre ha de despellejar a su propia familia”, y que con ese crápula — que dijo exactamente crápula y no libertino o borracho o jugador o mujeriego, ya podía “si fueses un poquito avisado y supieras sacarle partido; pero no sé yo porque (elevando los ojos y las manos al cielo en actitud dramática que ya veremos que tal me sale si es que me animo) a quién habrá salido este hijo mío” —ya tenía para un *besseler*.

—Pero yo, mamá — le dije — no quiero escribir un best seller.

—¿Y qué quieres escribir entonces?

—Algo grande.

—Pues lo que te estoy diciendo. Un besseler.

